

Juan Cruz Ruiz

Literatura que cuenta

Entrevistas con grandes cronistas
de América Latina y España

Héctor Abad Faciolince, Martín Caparrós, Jorge Fernández Díaz,
Leila Guerriero, Josefina Licitra, Juan José Millás,
Alberto Salcedo Ramos, Manuel Vicent y Juan Villoro

Epílogo con Elena Poniatowska



Adriana Hidalgo editora

Literatura que cuenta : entrevistas con grandes cronistas de América Latina y España / Juan Villoro ; Elena Poniatowska ; Leila Guerriero ; compilado por Juan Cruz Ruiz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2016
240 p. ; 23 x 15 cm.

I. Periodismo. I. Poniatowska, Elena. II. Guerriero, Leila. III. Cruz Ruiz, Juan, comp. IV. Título.

biografías y testimonios

Editor: Fabián Lebenglik
Diseño: Tobías Wainhaus

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© Juan Cruz Ruiz, 2016
©Adriana Hidalgo editora S.A., 2016
www.adrianahidalgo.com

Maqueta original: Eduardo Stupía

ISBN Argentina: 978-987-3793-60-8
ISBN España: 978-84-15851-74-5

Impreso en España
Printed in Spain
Depósito Legal: M-29472-2016

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito de la editorial. Todos los derechos reservados.

LITERATURA QUE CUENTA

ENVIDIA DE ESCRITURA

Hay todo tipo de envidias y una de ellas es la envidia de escritura, que padecemos los que practicamos el periodismo con respecto a aquellos cuya manera de narrar sucesos o de retratar o de sugerir personalidades o, simplemente, de rematar una crónica nos parece sobresaliente y, justamente, envidiable.

Este no es sólo un prólogo sino una declaración de principios y también una justificación de la culpabilidad, pues soy culpable de ese defecto mayor entre los periodistas, la envidia de escritura.

¿Por qué considero envidiable esa escritura, qué la hace diferente? Sobre todo, ¿cómo se hizo, cómo se hace esa escritura para que resulte envidiable? ¿Cómo escriben esos periodistas, a los que llamamos cronistas, en qué se basa su manera de hacer? ¿De dónde vienen ellos mismos, cuál fue su educación como lectores, qué oyeron contar en sus primeros años conscientes, cómo aprendieron a contar historias? Y cuando cuentan, ¿qué consideran esencial, qué les sobra?

Yo padezco esa envidia de escritura, pues, y la vengo padeciendo desde que, de niño, quise ser periodista, y la padezco ahora, cuando sobre aquella edad han pasado ya más de cincuenta años, durante cuyo transcurso prácticamente no he hecho otra cosa que escribir en periódicos.

Esa clase de envidia, la envidia de escritura, es la que me movió a escribir este libro. Quería saber cómo escribían, en este tiempo, muchos de los envidiables cronistas que han hecho resurgir entre nosotros, en la lengua española, la esperanza en un periodismo más solvente y mejor escrito, digno de ser considerado, como repite Manuel Vicent, “la literatura del siglo XXI”.

Es literatura, evidentemente, y es crónica; son periodistas literarios (como dice Norman Sims en *Los periodistas literarios*) cuya sustancia

y cuya ambición es hacer crónica, mirar la realidad desde distintos puntos de vista para ofrecer un relato que nunca será igual a otro; no trabajan con piedras ni con hechos, sino con miradas y con sugerencias, con sueños, y ellos se hacen cargo de los sueños de los otros. Su sustancia es narrativa, no es ficción, pero sus instrumentos, con los que trabajan esos materiales, son los instrumentos de cualquier escritor de ficción. Pero cuentan hechos, no cuentan mentiras, ni siquiera la verdad de las mentiras de las que habla Mario Vargas Llosa. Su aspiración es la verdad del suceso, no su oscurecimiento. Escriben *noticias*, en cierto modo; en todo caso, *noticias* de la gente.

En su voluntad no están, además, ni la urgencia ni la fugacidad del detalle: escriben sobre lo que se posa, primero en la vida y en segundo lugar en su espíritu; escriben cuando ya saben, pero a veces tienen que atender la urgencia a la que los convoca la parte más industrial del oficio: los periódicos o las revistas, donde todos los que aquí aparecen desarrollan primordialmente sus tareas, tienen que imprimir, los suyos no son textos destinados a libros que no tienen una fecha muy definida de aparición; ya no les espera la guarida antiguamente artesanal de las linotipias, que quizá tenían más paciencia: les espera, para deglutir sus crónicas, la voraz maquinaria de este presente que enseguida se ha hecho futuro: los periódicos y las revistas ya son tan instantáneos como los mensajes telefónicos, de modo que lo que ellos hacen con detenimiento luego se consume, o se tiende a consumir, en un suspiro. ¿Cómo viven ellos, artesanos al fin y al cabo, obligados por su propia función de cronistas a atender hasta el último suspiro de las personas y de los paisajes y de las cosas, este embrollo en el que nos ha metido a todos la prisa?

Son periodistas literarios, es buena la definición de Sims, que subtitula el libro mencionado, con igual fortuna, *El arte del reportaje personal*. Son periodistas en el sentido de que, básicamente, sus trabajos atienden a una determinada periodicidad; pero el tono de lo que escriben no responde necesariamente al que obliga a los que redactan una noticia. La noticia, en el caso de los periodistas literarios, es su propio texto. Cuanto mejor la escritura, mejor recibida será la falta de urgencia.

La sustancia de los periodistas literarios es, pues, el periodismo, “contarle a la gente” (según la vieja y hermosa definición del maestro Eugenio Scalfari, fundador de *La Repubblica* de Roma) “lo que le pasa a la gente”. No es otra cosa, no hacen otra cosa que periodismo, esa es la materia de sus obsesiones y de sus sueños. Pero han ganado para su periodismo un factor que siempre ha sido un enemigo larvado del oficio: el tiempo, su urgencia, el *deadline*. Ellos no tienen (o no tienen siempre) ese problema. Los periodistas literarios, estos periodistas literarios, se toman su tiempo; no lo imponen, porque en los periódicos ya se sabe que se impone poco, pero se han ganado dejar a un lado la urgencia que tiene dentro la palabra tiempo.

Ninguno de los que está aquí, y podrían estar otros también, con iguales méritos, qué duda cabe, entregaría un texto sin haber contado con tiempo para hacerlo; nadie les arrebató de las manos el folio, como no se lo arrebató a Truman Capote, aunque a otros (al Gabriel García Márquez de *Relato de un naufrago*, por ejemplo) sí le exigía la Redacción el esfuerzo de la inmediatez... El tiempo preciso, el que precisan los periodistas literarios para escribir, forma parte del valor de sus textos, y aunque otros consigan el mismo efecto, o superior, o parecido, lo que distingue en este tiempo a esta clase de cronistas es la paciencia que se les ha otorgado.

¿Cómo viven ellos dentro de ese tiempo que se han ganado?

Me fui con muchas preguntas de ese tipo a encontrarme con cada uno de estos periodistas literarios; probablemente ellos tenían las mismas preguntas, o las habían superado ya, pero yo las hice como si fuera de enviado especial a una forma nueva (y tan antigua, por otra parte) de periodismo que halla cada vez más prestigio y más resonancia entre nosotros: el periodismo literario, los reportajes *personales* de algunos de los mejores cronistas de la lengua española.

Me fui, pues, con la curiosidad que siento cuando los leo: ¿cómo es su cocina literaria, de qué armas se dotaron para llegar a dominar tiempo y materia hasta lograr tan audaces descripciones de las personas y del paisaje animado en el que viven las personas?

Quise que el formato recogiera exactamente la secuencia de todas y cada una de las conversaciones que sostuve con cada uno de ellos,

como si así convocara a seguirlas a los lectores que habrían de asistir, leyendo, a su transcurso. Dudé si la reiteración de algunas cuestiones (¿Cómo empezaron? ¿Qué historias escucharon contar por primera vez?, esas cuestiones que van a la raíz de la infancia de los interlocutores) iba a ser fatigoso para el lector, pero mantuve al final este esquema porque una vez leí, en un poema del escritor y editor alemán Michael Krüger, este verso clarividente: “A veces la infancia me envía una postal”. Y eso quise, en primera instancia, que me contaran estos periodistas literarios, qué postales les mandaba su infancia, cómo se hicieron contadores de historias, pues ninguna otra cosa son en puridad sino contadores de historias, gente que ha hecho de su espejo al borde del camino un instrumento mayor del periodismo de nuestra época.

La primera fase, la primordial, de la vida, es la curiosidad; y para contar la vida o tienes curiosidad o terminas siendo de la parte cínica del oficio; tenemos que preguntar como niños para alcanzar el reino de las respuestas; eso quise hacer, preguntar como un muchacho a los periodistas literarios cuya veteranía y cuya clase me produce la envidia de escritura gracias a la cual uno vive ávidamente la tarea de leer a los otros.

Juan Cruz Ruiz

LEILA GUERRIERO
La periodista silvestre

Leila Guerriero (Junín, Argentina, 1967) vino a nuestras vidas (a las vidas de los que leemos *El País*, y también a la vida de los que trabajamos en él) con la potencia de los misterios. ¿Quién será esta mujer minuciosa que de pronto ha revolucionado el modo de entrevistar y de contar? Si entrevistar es un arte, como la pintura o como la música, entonces aquella cronista que además entrevistaba debía ser una virtuosa. La conocí un día, cuando ya era famosa entre nosotros y todos habíamos aprendido a deletrear su apellido enrevesado; fue al salir ambos de nuestros respectivos cuartos de baño en un aeropuerto americano en el que se había producido un retraso extenuante. Luego nos vimos muchas veces en aeropuertos, quizá también saliendo de cuartos de baño; la vi hablar en público, con su ceño siempre preocupado por el minuto siguiente, y asistí con ella a cenas y a saraos, en los que parecía siempre una periodista silvestre, una niña que no se acostumbra a ser la que recibe las preguntas. Tímida, pero suelta en la carcajada, que dura un segundo, Leila Guerriero ha sido una flecha latinoamericana en el periodismo en español, pero quizá ella no acepte nunca ese puesto en la lista, pues su oficio la obliga más a mirar que a ser vista. Un cronista es, por definición, quien mira de cerca, pero guardando la distancia, y ella es así cuando habla de sí misma y de su oficio. Hubo un momento especial en su carrera. Mario Vargas Llosa, un cronista él mismo (¿qué fue, si no, *La Fiesta del Chivo?*) le dedicó un extraordinario elogio cuando ella publicó, en Ediciones Universidad Diego Portales de Chile, su recopilación titulada *Plano americano* (2013). Este libro deslumbró al Nobel y su juicio fue en cierto modo el resumen de lo que muchos de los lectores de Leila sentimos ante las piezas que constituyen este vademécum

que algún día se enseñará en las escuelas de Periodismo como la culminación estética de una experiencia humana: la crónica como una de las bellas artes de este oficio. Para esta conversación que sigue hubo dos escenarios, la terraza de un hotel espartano de Madrid y el patio de un hotel bonaerense donde la sencillez no tiene sitio. Como ella se abstrae tanto, da igual el sitio donde esté; Leila es flaca y larga como una I mayúscula, y ese ceño que tiene para pensar no la abandona ni un instante, de modo que el exterior se nubla cuando ella empieza a decir.

–¿Cómo es Junín?

–Cuando vivía allí era muy distinto a como es ahora. Era un pueblo de veinte mil habitantes. Sigue siendo un pueblo pero ahora tiene como cien mil. Es un pueblo típico de la pampa húmeda agrícola y próspera de Argentina. Cuando me mudé ahí, primero vivía en un apartamento alquilado muy cerca del centro, después nos fuimos al lado de la casa de mis abuelos, en un barrio con calles de tierra, muy cerca de la cancha Sarmiento, la del equipo local. Es un pueblo chico, una ciudad pequeña, endogámica, chismosa y con lugares comunes, lo usual. Imagino que los pueblos chiquitos se parecen en todos lados.

–¿Qué hacían tus padres, qué hacen?

–Papá es ingeniero químico, hijo de una familia emblemática. Mis abuelos tuvieron primero una fábrica de hielo, después una cervecería y papá transformó todo eso en una distribuidora de productos químicos. Era una familia muy conocida. Mamá era hija de dos personas que habían venido de Siria, estudió magisterio y falleció en 2009. Fue ama de casa siempre, ayudaba en algunas cosas del trabajo a mi padre pero se dedicó a tener niños y a criarlos. Bueno, somos tres, tampoco somos tantos, porque lo he dicho como si fuera una conejera.

–Los niños dan mucho trabajo... Así que tu padre heredó una fábrica de hielo, como la de *Cien años de soledad*...

–Cuando él estaba en edad laboral, lo que heredó fue la cervecería. En aquellos años el hielo se usaba en las heladeras. Mi abuelo italiano

era un gran inventor de empresitas, llegaron a tener una aceitera en Junín. Era una familia de bastante dinero en su momento: comerciantes, gente inmigrante que fueron a hacer las Américas. Cuando papá empezó a trabajar ya no era una fábrica de hielo desde hacía tiempo. Llegó mi abuela alemana y, en sociedad con mi abuelo italiano, la transformó en una cervecería. Tenían una marca de cerveza que se llamaba “Guerriero”.

—¿Ya no existe?

—No, ¡una pena!

—¿La probaste?

—La cerveza “Guerriero” no, ya no existía cuando yo nací.

—¿Cómo eras de niña?

—Tenía rulos... (*Risas.*) De lo que puedo recordar, era muy lectora, fantasiosa, tenía como un universo propio muy alimentado con los cuentos que me contaba mi abuelo el árabe. Mi papá me leía muchísimo. No era una chica ensoñadamente lírica sino bastante arisca. Vivía mucho en mi mundo pero también tenía un grupo grande de amigos, me gustaban mucho los juegos más relacionados con las cosas que hacían los varones que las chicas, como los autos, y no jugaba a las muñecas. Me juntaba con el grupo de amigas, inventaba una historia y jugábamos a que éramos un grupo de chicas que vivían en una cabaña. Jugábamos mucho a cowboys, indios y vaqueros, típicos juegos de varones pero no con varones. Con los años me he dado cuenta de que eran juegos que proponía yo. No se les ocurrían a ellas pero tampoco era una líder indiscutida. Pero funcionaba así. Leía y escribía mucho, tenía un escritorio en mi cuarto con las tapas plegables y ahí escribía poemas. Recuerdo que en una época leía lecturas muy fundacionales que después quise escribir, como por ejemplo Ray Bradbury, cuando era chiquita lo leía mucho; y a un tipo que se llama Horacio Quiroga que escribía cuentos muy truculentos. De Bradbury me encantaba *El país de octubre*. Todo gracias a mi papá y a mi mamá que eran los que me incentivaban, pero evidentemente había terreno fértil. Recuerdo que íbamos mucho de viaje con mis padres y siempre me decían: “Leilita, dejá de leer y mirá el paisaje”. Tuve una infancia buena, con muchos juegos en la calle, mucho callejeo, mucha bicicleta, muchas carpas de indios armadas en los

baldíos, y también mucho contacto con el campo. En Argentina es muy común irse a cazar liebres o patos de noche y a pescar. Algo muy entretenido. Luego en esta profesión entrevistas a gente y ves que recuerdan la infancia con largos períodos de aburrimiento y con días de lluvia. Yo siempre recuerdo una infancia...

–... **En acción.**

–En acción permanente, de no quedarme nunca quieta, siempre había algo. Si llovía, cocinábamos una torta y si no, jugábamos a lo que fuera. Siempre había algún juego. Tenía una abuela a la que quise mucho, Anee, la abuela alemana. Jugábamos y ella me leía cuentos horrorosos de los alemanes para niños, el *Struwwelpeter*, de un chico que no se quería cortar las uñas y le terminan cortando los dedos. Jugábamos a ponerle la cola al burro, todo era muy lúdico. Me acuerdo perfectamente que a los doce años tuve conciencia de que había que dejar de jugar en algún momento.

–¿**Cómo fue?**

–Me acuerdo que un día me entró una especie de pena –debe de haber sido un día, imagino–, al pensar que no podía ser siempre así y que en algún momento tendría que dejar de jugar. Como mis juegos eran bastante adultos, pude estirarlo un poco más, por lo menos las teatralizaciones que hacíamos con las chicas. Por otro lado, siempre recuerdo haber querido ser adulta, siempre tuve una especie de hambre, de afán de ser libre, de no tener que dar explicaciones... Me molestaban un poco las cosas de los adultos, las mínimas cosas que los chicos tomaban como naturales. Por ejemplo, que se reunieran adultos y te dijeran: váyanse a jugar a otro sitio que ahora vamos a charlar de cosas que no son para los niños. Nada inusuales porque me crié durante toda la dictadura militar, pero que me echaran me volvía loca. Con nueve años recuerdo una gran indignación por no poder participar de esa vida adulta. Albergaba la contradicción de querer ser adulto por un lado, y por otro la conciencia absoluta de que la infancia, o ese juego que yo interpretaba que era la infancia, iba a tener que terminar.

–**Tuviste una abuela alemana, un abuelo italiano, una madre que procedía de Siria. ¿Tu padre de dónde era?**

–Papá era el descendiente de la alemana y el italiano, era argentino. Mamá había nacido también en Argentina.

–Tú, una argentina perfecta.

–Imperfecta.

–**Hablemos de ese conjunto de procedencias, porque esa mezcla tiene que resultar explosiva de alguna manera.**

–No sé, la verdad es que no tengo mucha perspectiva para decirte si explotó o no. Lo que sí sé es que es una mezcla un poco rara; en principio sabes que los argentinos tenemos muchas cosas de inmigrantes pero más bien de italianos y españoles, pero la mezcla entre el alemán y el árabe, por ejemplo, es muy poco usual. Y de italiano y alemán también. Siento, por ejemplo, que no tengo casi nada de árabe, de mi abuela sobre todo. Ellos eran católicos ortodoxos, mi abuelo era creyente pero mi abuela era sumamente creyente, no chupacirios, no iba nunca a misa, pero era un ser muy luminoso, muy linda persona.

Recuerdo verla venir caminando desde el fondo. La casa de mis abuelos estaba al lado de la casa de mis padres, construyeron el terreno pegado, y mi abuela venía caminando muy discreta sólo cuando la llamaban. Venía por el pasillo que daba hacia el fondo, repleto de árboles, peras y mandarinas, mirando al cielo y alabando, dando gracias por la naturaleza, por los higos, por los abejorros, por los jazmines. En ese momento me parecería una tonta pero con el tiempo entiendes esa capacidad de comunicación con la fe. Mi abuela árabe era muy cariñosa, de tocarte, mimarte, peinarte el pelo, hacerte mimitos y de exteriorizar.

Cuando ocurría alguna cosa triste, en la familia se producía el llanto desconsolado, muy trágico, muy español, y recuerdo que yo lo vivía con rechazo. No me gustaba, me sentía mucho más identificada con la absoluta contención de mi abuela alemana, quien nunca en la vida me dijo que me quería pero me transmitía una absoluta certeza de que tenía adoración por mí sin ninguna palabra, nunca, de cariño. La disciplina, la puntualidad, la superobsesión por el trabajo, que no haya un hueco vacío en el día, que todo sea productivo y aprovechable, lo relaciono mucho más con ella. Cumplir a rajatabla con lo que me piden, si me invitan a una conferencia, cuatro meses antes quiero saber el tema, escribir y leerlo en voz alta para ver cómo suena, escribirlo después en un papel y que la gente obtenga lo que realmente busca, siento que me viene mucho más de la parte de mi

abuela alemana, una mujer muy disciplinada. No debe haber sido fácil ser hijo de esa mujer pero era magnífico ser nieta.

De la parte árabe de mi mamá tengo muchas cosas y quizá la fantasía por los cuentos del abuelo. También una fuerte faceta, no sé si árabe o internacional, muy femenina, me encanta que mi casa huele bien, cocinar, que la comida sea rica y casera.

–**Cocinar para que coma otro.**

–Sí, totalmente.

–**Tú comes muy poco.**

–Como poquito. Sé hacer cosas que las mujeres ya no saben hacer, como levantar un ruedo con cuidado, hacer el punto atrás o pegar botones con toda la delicadeza.

–**Paciencia.**

–Sí.

–**¿Te sientes consecuencia de todo ello ahora mismo?, ¿a veces piensas en ese tiempo como un tiempo de formación o lo tienes tan interiorizado que ni siquiera lo piensas? ¿Piensas a veces en tus padres y en esos períodos de tu vida?**

–Pienso poco. Pienso más en mi abuela Anee, la alemana. Se llamaba Ana Margarita pero le decíamos Anee. Pienso poco en aquel tiempo, a veces sí, en los últimos tiempos, puedo verlo con más claridad y también la influencia que ha tenido la crianza. No es que no lo sepa, lo que pasa es que en mi familia nadie se parece mucho a mí ni a lo que yo hago, no hay nadie que se dedique a algo creativo.

Mi hermano más pequeño tiene veinticinco años y estudia Ingeniería Química. Mi tío es ingeniero mecánico. Me pongo a buscar y no hay nadie. A veces me siento como un producto, no quisiera decir de mí misma porque suena un poco soberbio pero la educación en mi casa fue bastante conservadora, en términos de que mi mamá había tenido un modelo de familia muy conservadora, hombre que trabaja, mujer que no, e hijitos. Yo nunca tuve ese modelo.

Siento que me armé la vida a mi manera, como yo la leía en las novelas. Cuando era pequeña quería ser cowboy o el Corto Maltés, esos eran mis referentes. Me encantaban los varones pero mis modelos a su vez eran muy masculinos. Creo que eso sí tiene que ver con mi abuela alemana que siempre me decía que tenía una familia

pero que hubiera preferido ser enfermera y trabajar en África o haber sido monja misionera.

Eso te habla de lo que me fue haciendo. Para mí ella era muy importante, su modelo de mujer que no pudo ser porque en los años treinta el modelo iba por otra parte.

–(...) **¿Por qué dijiste esos dos para contarme que eras una lectora?**

–Son los que más recuerdo, los emblemas de lo que leía en esa época. También leía mucha más literatura, *best sellers* de Wilbur Smith, no sé si llegué ya a Sidney Sheldon. Wilbur Smith me encantaba porque contaba cosas que pasaban en África, los safaris, la vuelta a mis sueños de ser un cazador, un cowboy y a las estepas.

Creo que Ray Bradbury y Horacio Quiroga son los típicos escritores que funcionan bien para chicos y para grandes. Lo que te quiero decir es que leía cosas de mucha calidad. No leía a Thomas Mann a los ocho años, tampoco leía a Salgari, me aburría enormemente, o a Stevenson, pero sí leía a Mark Twain, aunque en menor medida que a Bradbury. De Bradbury y Quiroga me gustaban mucho las historias de terror, las historias trágicas, Quiroga es un maestro. Cuando mi papá me leyó por primera vez “El almohadón de plumas” no entendí nada, porque entender que un bicho dentro de la almohada le esté chupando es difícil, pero me estremecía de una manera única.

Recuerdo con espanto la primera lectura de *Fahrenheit 451*. Pocos libros me aterraron como ese, imagino que por la quema de libros y el fin de un mundo que para mí era impensable. Si tengo que pensar en otros, pienso en la biblioteca pequeña que tenía en mi casa, en el cuartito, y mis libros eran libros de Ray Bradbury, algún libro de Horacio Quiroga y unos libros de una colección que se llamaba Robin Hood, de tapa amarilla, leía mucho una novela dibujada por Harold Foster que se llamaba *El príncipe valiente*. También me parecía alucinante el cómic, era otra de mis lecturas y casi leía más cómics, a Corto Maltés y todas las revistas de historietas.

–**Esa era la vida familiar, tu cuarto y tu casa, pero la vida de alrededor, ¿cómo era, cómo era Argentina, aquella Argentina en la que amaneciste ya de niña a adulta?**

–Tengo como postales, recuerdos de esas fotos... La asociación más rápida que hago es con el frío, hacía mucho frío. Iba al colegio temprano,

me acuerdo que hacía un frío como no he vuelto a sentir en mi vida, a lo mejor porque era niña o a lo mejor porque realmente hacía mucho frío. Me crie durante la dictadura, la dictadura empezó en el 76, nací en el 67, era muy pequeña. No sé si son recuerdos falsos o cosas que recuerdo con el tiempo de verdad, pero me acuerdo perfectamente de la radio porque no teníamos televisión en mi casa, del comunicado del Ejército. A saber qué decían, me acuerdo de eso y por alguna cuestión se me quedó. Se ve que había algo relacionado con el peligro, con lo siniestro, no lo sé pero me daba mucho miedo escucharlo.

Mi papá viajaba mucho. Era un hombre muy guapo, como una especie de Rambo, muy alto, muy fino, delicado, en esa época con barba y usaba una chaqueta como de guerrillero, verde hasta arriba, y viajábamos por todo el país con una casa rodante en momentos complicados. Mi hermano y yo hacemos un chiste de aquello porque pensamos que nos llevaba a nosotros dos de escudo, con esa pinta que llevaba cuando lo paraba un militar siempre iluminaba por detrás la cabina de la camioneta, veía que llevaba dos niños y todo parecía un poco menos peligroso. Pero la verdad es que la pinta que tenía era tenebrosa.

Recuerdo un poco el silencio. Una vez fue Videla a Junín y se montó un acto al que tenía que acudir toda la escuela. A mí no me dejaron ir mis padres. Igual no eran los más militantes del universo pero había cuestiones que iban marcando. Hoy es todo tan fácil.

Una de las cosas que recuerdo es que me gustaban mucho los actores, iba mucho al cine. Steve McQueen o Paul Newman me parecían increíbles. A veces me enteraba de que en Buenos Aires salía una revista con cinco páginas dedicadas a Paul Newman y no llegaba a Junín, era una desesperación, cinco meses pidiéndosela al quiosquero. La dificultad para conseguir cosas: un libro que salía en Buenos Aires había que pedirlo y llegaba como siete meses más tarde, todo era lento y complejo, muy poco fluido, muy desprolijo.

En Junín aún existían los almacenes de Ramos Generales en los que entrabas y comprabas tanto el pantalón como las alpargatas. En la esquina de mi casa había uno. Recuerdo el olor de las casas de telas, las casas que te vendían las telas por rollo me encantaban:

venía el tendero y te desplegaba el rollo de tela en el mostrador e iba cortando los metros. El momento de la tijera me parecía alucinante.

–¡Fantástico ese ruido!

–Sí, esas cosas.

–**Qué recto lo hacían, marcaban con una tiza.**

–Me acuerdo que en la esquina, en la bocacalle vivía un sastre catalán, don Víctor. Estaba casado con doña Emilia y tenían una hija hermosa que se llamaba Francina. Francina trabajaba en la zapatería más lujosa de Junín que se llamaba “His and Hers” y allí comprábamos nosotros los zapatos. Era una belleza increíble. Por supuesto, se contaban historias tremebundas de la pobre Francina sólo porque era preciosa y porque cambiaba de novio cuando quería. El sastre era renego, tenía una de esas botas gigantescas y una foto del rey colgada en la pared.

–¿El rey de España?

–El rey de España, sí.

–**Del nuevo rey, de Juan Carlos.**

–Claro, de Juan Carlos. Con la tiza, esa tiza enorme, era muy impresionante. Me parece como un mundo de hace sesenta años.

–**Tus padres no eran militantes dices tú, o no especialmente militantes pero ¿te contaban de qué iba la vida, la política, la historia?, ¿escuchaste hablar en Junín de qué se trataba la historia de Argentina?**

–No sé si me lo contaron, pero me parece que yo me iba armando mi propio rompecabezas. Se hablaba todo muy bajo porque se decía, no sé de dónde lo recuerdo, que en cada cuadra había un delator, un informante de la policía o qué sé yo. Cuando después de Videla llegó el siguiente dictador, miré la foto en el diario y dije: este tiene cara de bueno. Era muy chica y mi papá me dijo algo así como: es la misma mierda pero con otro olor, acá no hay buenos. Me iban dejando claro por dónde iba la cosa.

Sí recuerdo que íbamos a comprar libros a la librería de Junín que se llamaba “La mosca loca”, un nombre muy pop, muy setentoso, era como todo a popas, toda dibujada. Una vez fuimos a comprar *La Patagonia rebelde*, de Bayer, que no se conseguía en ningún lado. Era un libro hiperarchimegasuperprohibido, en plena dictadura. Me acuerdo de todo el plan para ir a comprarlo, todo muy soterrado, muy

oculto. Pero se ve que tampoco me preservaban de todas las cosas porque si mi papá me llevaba con él a comprar ese libro tampoco es que sintiera que yo no tenía que saber algunas cosas. Pero no recuerdo haber tenido charlas políticas, ni con ellos ni en la mesa aunque más o menos me iba quedando claro.

–**Y alrededor, en la escuela, en el instituto.**

–Nada.

–**La gente no estaba politizada.**

–Imagino que daba mucho temor. Supongo y sospecho y creo y sé que había mucha gente que estaba de acuerdo con el golpe militar. Cuando cayó Isabel Martínez de Perón me parece que mucha gente lo recibió, no te digo con algarabía, (o sí, no lo sé) pero había mucha complicidad civil, no sé hasta qué punto la gente sabía del todo lo que pasaba con la dictadura.

–**¿Cuándo percibiste el peligro de la historia? El peligro de aquella historia, de que Argentina podía ser, igual que lo fue España, un lugar de unos y de otros, de luchas, de delaciones, asesinatos y desapariciones. ¿Cuándo te diste cuenta de que la vida iba en serio, por decirlo como lo decía Jaime Gil de Biedma?**

–Creo que siempre tuve la sensación de que estar vivo era un peligro. Mi reacción no fue nunca temerosa, al contrario, siempre fue como subir la cuesta. Pero en cuanto a tomar conciencia de lo que estaba pasando en el país, más bien fue en la adolescencia, con esa inconciencia adolescente, como de algo bastante estúpido y vergonzoso. De la desaparición de personas supe pronto; y sobre todo de los presos políticos, porque la madrina de mi hermano menor tenía un hermano que era preso político, no desaparecido, estaba preso y tenía que ir a verlo todo el tiempo. No recuerdo si ella militaba en Montoneros o algo por el estilo. Eran una pareja íntima amiga de mis padres y esto estaba presente. Con los desaparecidos no recuerdo haberme dado cuenta en algún momento concreto, decir: ¡Ah, ahora me entero! Creo que eso siempre estuvo, no recuerdo un momento de revelación. Pero sí recuerdo haber vivido momentos de temor cuando la Guerra de las Malvinas, fue como una especie de toma de conciencia de que todo estaba mal y de que podía estar mucho peor.